

celebrada en Caracas en 1954, pues con ella se pretendía "...atar definitivamente los intereses de los pueblos latinoamericanos a la voraz política del imperialismo" (p. 298).

Si la América del Norte no rectifica su política de lucrar en nuestros países, sin contraparte o beneficio local; si insiste en apoyar dictaduras y en permanecer en su actitud de soberbio imperio, correrá la misma suerte de la metrópoli española en 1810: "Habrá lucha total" (p. 356).

No se limita a adjudicarle nuestra postración a puros factores externos: la patología de lo nuevo, el afán de lo superfluo que padecemos, el entreguismo y la falta de iniciativa de las élites político-económicas dominantes, también contribuyen a nuestro molestar. Dirigió duras palabras a esos aliados de los invasores foráneos, a los que llamó *pitiyanquis*: "Pitiyanqui resulta algo así como yanquicito, yanquito, yancuelo. Algo que pretende ser un yanqui, pero no llega jamás a serlo" (*Aviso a los Navegantes*, p. 46).

Aunque habló con claridad, hubo quienes lo atacaran: los defensores de "lo universal", de un cosmopolitismo a ultranza, los cuales no entran en cuenta de que "...el nacionalismo, no es categoría opuesta al internacionalismo, sino al imperialismo" (p. XVII). Su nacionalismo, de raíces cristianas, hispánicas y asentado en el hondón perdurable y valedero de nuestra propia tradición venezolana, concebía la lucha entre Estados Unidos y América Latina como continuidad, en el nuevo mundo, de la pugna universal entre el espíritu sajón y la cultura española (p. 458).

Contra el "...esquema egoísta de la política de Washington", propone la unidad de los pueblos indolatinos, hermanados en histórica perseverancia con el espíritu de lucha y fraternidad de los próceres de la independencia, para defender —con la propuesta bolivariana como norte— su cultura, su lengua y su nacionalidad (pp. 354-355, 382).

Este mensaje nacionalista ha sido relegado al olvido, lo cual como lo dice Don Pedro Beroes, hace pertenecer a Mario Briceño Irigorry: "... a la egregia estirpe de venezolanos que han arado en el mar..."

LA DIMENSION ETICO-MORAL EN MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Por DAVID RUIZ CHATAING

"La Historia viene a darnos la respuesta de nuestra propia existencia y nos explica el ritmo de nuestra vida presente. Sin conocer los hechos pasados, no podemos valorar nuestro propio momento. Por ello, más que disciplina científica y literaria, la historia es una disciplina moral. Señala el tono de nuestra vida actual". Mario Briceño Irigorry, *Introducción y Defensa de Nuestra Historia*, p. 139.

“Conceded de grado lo que os arrancarán centuplicado las hachas de los siervos”. Mario Briceño Iragorry, *El Hijo de Agar*, p. 47.

Mario Briceño Iragorry (1897-1958) miembro por los años 30 de una sociedad seglar con vocación religiosa denominada *Caballeros del Espíritu Santo*, es un hombre profundamente cristiano. En obra reciente, dice al respecto Ramón Losada Aldana: “. . . Profundas raíces católicas familiares, importantes factores de ambiente regional, ferviente admiración por la obra colonizadora de España, fibras temperamentales, circunstancias de su tiempo, intensa evocación del pasado, se combinan y hacen la suya una personalidad hondamente religiosa”.¹ Esa religiosidad condiciona su percepción de los problemas referidos a la conducta y costumbres de las colectividades. Rafael Cabrera Malo habla de otro componente fundamental de su fisonomía espiritual: a raíz de la publicación del libro *Horas* (1921), *opera prima* de Mario Briceño Iragorry, afirma que el novel escritor: “. . . debía sentir como un desollado”. Sus grandes preocupaciones son: la historia, la religión y el destino humano. Intelectual humanista, su característica básica fue: “. . . el ser hombre de meditación y ser un hombre de comprensión ante los problemas del hombre”.²

Fervor religioso, “dolencia de sentir” y humanismo trascendente son: pues, los cálidos ojos con los que mira el mundo y configura su antropología y su ontología. A estos aspectos de su pensamiento y obra, nos dedicaremos en las próximas líneas.

I

El cristianismo de Don Mario Briceño Iragorry repudia el capitalismo y su tecnocratismo deshumanizante: repele igualmente la actitud anticomunista tras la cual se agazapan los enemigos de los cambios económicos y sociales de tipo reivindicador hacia los sectores sociales indefensos. Al socialismo lo enfrenta por sus concepciones materialistas de la historia y la filosofía. El cristianismo briceñista es otro intento de “tercera opción” entre ambas salidas estructurales e históricas. Ni capitalismo ni comunismo. La comunidad regida por los principios cristianos.

El ideario del pensador trujillano, sin llegar a impugnar el actual *status quo*, es de compromiso y lucha al lado de los humildes: “Cristianismo es libertad y justicia. Cristianismo es no pactar con los hambreadores del pueblo, ni negar al pueblo, en nombre de un falso orden, que sólo aprovecha a los poderosos, el ejercicio de sus derechos y el resguardo de su integridad personal”.⁴ Su devoción

1. RAMÓN LOSADA ALDANA: *Mario Briceño Iragorry presencia vigente*, pp. 90-91.
2. RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ: *Mario Briceño Iragorry: homenaje* (en la Casa del Escritor, Caracas, 6 de junio de 1963). Caracas, Casuz Editores, 1973, p. 15.
3. MARIO BRICEÑO IRAGORRY: *Mensaje sin destino y otros ensayos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988, pp. 20-23, 37-39, 94-96, 76, 228, 376.
4. MARIO BRICEÑO IRAGORRY: “Diálogos de la Soledad”. En BEATRIZ BRICEÑO PICÓN: *Retazos Mario Briceño Iragorry. Anotaciones filiales*, p. 318. Su prédica se enfrenta: “. . . al ímpetu de quienes no tienen otro móvil sino acrecentar su alegría con el hambre y la desnudez de los demás”. *El Hijo de Agar*, p. 17.

es, a la vez, su credo político. Por eso el concepto básico dentro de su idea de justicia en la sociedad es el de caridad. La crisis social padecida por el hombre ecuménico es carencia de caridad. Urge esparcirla por el mundo pues la Caridad: "...es Dios mismo en función social".⁵ Necesitamos la "Caridad que ilumine el camino de los hombres...".⁶ Se opone a la limosna: reclama equidad.

II

Su definición de moral viene firmemente vinculada a la idea cristiana, a la perfección anhelada por el hombre, puesto que le es ofrecida por la Divina Majestad. El comportamiento inmerso en la moral del bien está íntimamente ligado a la fe, al amor al Todopoderoso. En *Elogio de San Agustín* (1930), se pregunta Mario Briceño Iragorry: "¿Dónde está el freno que domeñe la humana naturaleza, una vez rotos los lazos de la fe? ¿Sobre qué cimientos que no en Dios, puede levantarse el edificio de la moral y la justicia?". El autor, a contrapelo de la mayoría de las corrientes del pensamiento contemporáneo, al decir de Elvira Match de Vera: "...no alcanza a concebir la posición atea de una moral sin Dios".⁷ Esta autonomía plena del hombre la suprema responsabilidad de conducir y reflexionar su propia praxis sin cortapisas metafísicas o sobrenaturales, la rechaza este profundo creyente, confía todavía en el Poder Celestial del cristianismo como asidero moral incontrastable.

Le preocupa tremendamente nuestra falta de solidaridad social; la peligrosa tendencia a un individualismo anarquizante: le angustia el predominio de aspiraciones crematísticas sin ningún tipo de inquietud inmaterial: la carencia de escrúpulos morales, la presencia de una cultura superficial son factores que debilitan la formación de vallas al crimen y al desafuero; la actividad delictuosa no es percibida como indigna sino se es descubierto, si nos conduce al éxito, si posibilita el rápido encumbramiento. El ser humano empujado por sus instintos de poder, dominio y destrucción deviene en bestia, en monstruosa maquinaria autodestructiva. Por el contrario, el autor de páginas henchidas de amor, virtud y desprendimiento, considera la conducta ética como la salvadora del hombre en su inalienable humanidad.

El hombre actuando en la plenitud de los principios éticos, ve a la nación como un fin moral y no de usufructo: valora a sus semejantes en cuanto tales, sin mediar un vínculo egoísta por cosas (bienes, dinero). Dice el ilustre moralista trujillano sobre este tópico en *La Hora Undécima* (1956): "Sin la valorización del espíritu, los pueblos son meros rebaños, más o menos felices... Sin la integridad moral de los hombres, las naciones no pasarán de ser mercados recomendables o vistosos espacios para el turismo y el deleite efímero". Sin preocupaciones por el rumbo de las costumbres y los hábitos sociales no hay país, no hay hombres, no existen pueblos ni se puede construir futuro. Exalta la actitud

⁵ MARIO BRICEÑO IRAGORRY: *Obras Selectas* (El Caballo de Ledezma), p. 404.

⁶ MARIO BRICEÑO IRAGORRY: *Ob. Cit.*, p. 406.

⁷ ELVIRA MATCH DE VERA: *El Humanismo Trascendente de Mario Briceño Iragorry*, p. 64.

desinteresada, altruista, idealista. Sí, el hombre tiene que dejar de avergonzarse por soñar, por idealizar en torno a un mundo equitativo: “.los hombres, para fundar obra perdurable, necesitan haber soñado” dijo, sentencioso, Mario Briceño Irigorry.

Su gran enseñanza en el terreno de la moral, y en el ejercicio de la libertad, está en sostener una postura, según la cual, por encima de guerras, de prudencias cómplices, sobreponiéndose a presiones de todo tipo, inclusive al terror nuclear, urgía, dice, en *El Caballo de Ledezma* (1942): “.defender la dignidad humana hasta el sacrificio: pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad”.

Insiste en evitar el peligro de la impunidad, en despreciar el éxito fácil y mal habido y los cantos de sirenas de los politicastros, los cuales so pretexto de progreso, entregan las riquezas del país a poderes extranacionales: ansía despertar la vocación de servicio al país y estimular el espíritu de tolerancia para unir esfuerzos en la tarea colectiva. Exige valentía y reprocha duramente a los que aceptan atropellos por cobardía o comodidad' recrimina el pecado de presunción: combate el arribismo y la vanidad. En el texto siguiente, un poco extenso acierta a decir: “Hagamos examen sincero de nosotros mismos, por medio de una introspección que desnude nuestras vidas de los arreos presuntuosos con que hemos venido signando nuestros actos. Ser lo que somos y obrar de conformidad con nuestra verdadera capacidad. Comprender que la eficacia de nuestra obra radica en la constancia de un proceso formativo que asegure el éxito de nuestra acción futura. Más que correr, esperar: más que la aventura de gustar postizos éxitos, limitar nuestra acción al cuadro reducido, pero seguro, donde nuestro esfuerzo sea capaz de crear una obra perdurable: antes de ir a la aventura fácil de tomar lo que aún no nos corresponde en la jerarquía social, descender, conforme al consejo socrático, a lo interior de nosotros mismos para evaluar y conocer nuestras propias fuerzas.

Frenada la falsa estimativa de nosotros mismos y apreciada en términos ecuánimes la capacidad vecina, llegaremos a crear un eficaz sentido de cooperación para la obra colectiva. El rigor que aplicamos en la crítica de los actos de los otros, suplámoslo por mayor exigencia para la obra propia y las puertas que nuestro egoísmo cierra para el comercio con los extraños, abrámosla para una mayor comunicación que haga posible la fe en el esfuerzo ajeno. Rompamos con valor la inveterada costumbre de fingir recursos de que carecemos”.⁸

Toda esta desesperada prédica por nuestro acrecentamiento moral ha caído en el vacío: dirigírsele con la espiritualidad de un teólogo o de un moralista a un país donde predomina el valor del éxito a toda costa, es la medida de su implacable fracaso y de nuestra crisis de pueblo.

III

Su concepto de política se compadece con su idea cristiana y su noción de la moral: la política es la ciencia del buen gobierno de los hombres acogidos al

8. MARIO BRICEÑO IRAGORRY: *Mensaje sin destino y otros ensayos*, pp. 55-56.

canon de la solidaridad y la virtud. Es disciplina: “. . . encaminada a hacer cada vez mayor el radio de la seguridad, de la libertad, y del decoro de los pueblos y de los hombres”⁹

Jacques Maritain (1882-1973), pensador francés, el cual influyó poderosamente en el pensamiento de Don Mario Briceño Iragorry, concebía la política, a la luz de los ideales cristianos, como: “una rama especial de la ética”.¹⁰ Olvidando las duras y perennes lecciones del historiador florentino Nicolás Maquiavelo, autor de *El Príncipe*. La política no es un derivado de la moral; tampoco es, en términos absolutos, una ciega y egoísta fórmula que conduce al poder. Una tesis sobre la ciencia de gobernar, útil para la actualidad venezolana, está en el justo medio que posibilite la acción eficaz a favor de las grandes mayorías y el realce de la gestión pública. Queda, sin embargo, como un tonificante de la conducta de los hombres que ocupan altos puestos en la gerencia estatal, la propuesta briceñista de rectitud, vocación para servir y ennoblecedor altruismo de quienes deben ejercitarla.

IV

Solicitó a los hombres, y a los venezolanos en particular, abrazar la fe de Cristo, en rechazo a los excesos de un racionalismo que había derruido —según su parecer— el cosmos espiritual de la humanidad. La razón y la ciencia, con su fuerza demoledora del pasado, habían dejado al hombre en completa orfandad moral; de allí, su reivindicación del espiritualismo cristiano. Sin convalidar todos y cada uno de los puntos sustentados por Mario Briceño Iragorry para retornar a la fe, sí es justo considerar que los hombres del presente deben abocarse a construir un mundo espiritual y real donde la solidaridad, la belleza y la libertad sean el norte orientador: luchar por la utopía, el “deber ser” justiciero son actitudes e ideas humanizadoras del hombre. Determina este noble afán de mejoría, su peculiar misión en el universo, cual es hacerlo a su humanísima imagen y semejanza.

APROXIMACION CRITICA A LA OBRA DE AUGUSTO MIJARES

Por DAVID RUIZ CHATAING

Augusto Mijares (1897-1979) alcanzó a ser uno de los más destacados representantes de la llamada “generación del 18”. Fue pensador de cuyas ideas se puede disentir: unas por anacrónicas, otras, por responder a posiciones ideológicas y políticas encontradas. Es el caso del predominio, en su visión, de una perspectiva eurocéntrica de la Historia y la Cultura; su concepto de la América

9. MARIO BRICEÑO IRAGORRY: “Problemas de la juventud venezolana”, en *Ob. cit.*, p. 406.
10. ELVIRA MATCH DE VERA: *Ob. cit.*, p. 81.